

# Las chicas modernas se emplean como dactilógrafas.

Bontempo, Paula y Queirolo, Graciela.

Cita:

Bontempo, Paula y Queirolo, Graciela (2012). *Las chicas modernas se emplean como dactilógrafas*. *Bicentenario. Revista de Historia de Chile y América*, 11 (2), 51-76.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/paula.bontempo/4>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pMuD/wtx>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.  
Para ver una copia de esta licencia, visite  
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

*Acta Académica* es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. *Acta Académica* fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

## LAS “CHICAS MODERNAS” SE EMPLEAN COMO DACTILÓGRAFAS: FEMINIDAD, MODA Y TRABAJO EN BUENOS AIRES (1920-1930)

*“Modern girls” start working as typists: femininity,  
fashion and work in Buenos Aires (1920-1930)*

María Paula Bontempo\* y Graciela A. Queirolo\*\*

Resumen: *En la década de 1920, en Buenos Aires, emergió la “chica moderna”, difusora de nuevos parámetros de belleza que constituyeron exigencias para las nuevas ocupaciones administrativas que convocaron a numerosas mujeres. Así surgió el estereotipo de la dactilógrafa, difundido en tiras cómicas, columnas periodísticas y publicidades. Este artículo se propone analizar dicho estereotipo con el propósito de interpretar los significados sociales que recibieron tanto las transformaciones en la moda como el ingreso de las mujeres a las actividades administrativas, que se produjeron mientras los mandatos de género dominantes reforzaban las concepciones de feminidad definidas por la domesticidad y la maternidad.*

Palabras clave: *chica moderna – dactilógrafa – domesticidad – Buenos Aires – década de 1920.*

Abstract: *During the 1920's, the “modern girl” arose in Buenos Aires spreading the new beauty standards by establishing the requirements for the new administrative jobs a lot of women began to apply for. The result was the “typist” stereotype shown in comics, journalist's columns and advertising. The purpose of this article is to analyse such stereotype trying to interpret the social meanings obtained both by the change in fashion and the fact that women started working in those administrative positions that appeared while the dominating gender mandates reinforced the femininity ideas defined by domesticity and motherhood.*

Keywords: *modern girl – typist – domesticity – Buenos Aires – the 1920's.*

\* María Paula Bontempo es Profesora de Historia por la Universidad de Buenos Aires, Magíster en Investigación Histórica por la Universidad de San Andrés y doctoranda en la misma institución. Además es integrante del proyecto “Cultura, Política e Instituciones del Mundo del Trabajo, Argentina Siglo XX” a cargo de la Dra. Mirta Z. Lobato, en la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. E-mail: paubontempo@yahoo.com.ar

\*\* Graciela A. Queirolo es Profesora de Historia por la Universidad de Buenos Aires, Máster en Historia por la Universidad Torcuato Di Tella y becaria doctoral de la Universidad de Buenos Aires. Ha publicado *Nosotras... y la piel. Selección de ensayos de Alfonsina Storni*, Buenos Aires, Alfaguara, 1998 (en coautoría con M. Méndez y A. Salomone); *Modernidad en otro tono. Escritura de mujeres latinoamericanas 1920-1950*, Santiago de Chile, Cuarto Propio, 2004 (en coautoría con A. Salomone, G. Luongo, D. Doll y N. Cisterna); *Género y sexualidades en las tramas del saber*, Buenos Aires, Libros del Zorzal, 2009 (en coautoría con S. Elizalde y K. Felitti). Integrante del proyecto “Cultura, Política e Instituciones del Mundo del Trabajo, Argentina Siglo XX” a cargo de la Dra. Mirta Z. Lobato, en la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

En marzo de 1923, la historieta “Mangacha, la dactilógrafa” comenzaba a publicarse en la revista *Para Ti*. La mayoría de las veces, la joven protagonista que daba nombre a la tira aparecería sentada frente a un escritorio, próxima a una máquina de escribir, porque trabajaba en una oficina como mecanógrafa. Por entonces, la posición de dactilógrafa se encontraba en vías de feminización dentro de un proceso más general de expansión de las ocupaciones administrativas. Además, Mangacha se distinguía por su aspecto físico: alta, delgada y con una voluminosa melena enrulada, lucía prendas holgadas que mostraban sus tobillos –vestidos o blusas combinadas con faldas– y zapatos de prominentes tacos. Esta muchacha constituyó una de las tantas representaciones de la “chica moderna”, un sujeto urbano que emergió en las metrópolis mundiales al finalizar la Gran Guerra (1914-1918) y fue ampliamente difundido por las industrias culturales de diversos países. Argentina y su ciudad capital, Buenos Aires, no fueron la excepción.

Las ocurrencias de Mangacha se publicaban semanalmente en nueve recuadros en los cuales se contraponían, con un tono que se pretendía cómico, dos características diametralmente opuestas de su personalidad: por un lado, la negligencia y el desinterés hacia las tareas laborales; por el otro, el entusiasmo con que atendía sus asuntos personales vinculados con la belleza –maquillaje e indumentaria– y los entretenimientos –fiestas y paseos–. Precisamente, esta contraposición de sentidos encarnados en la protagonista dio vida al estereotipo de la empleada administrativa, una difundida versión de la “chica moderna” en clave asalariada.

Mediante el análisis de tiras cómicas, columnas periodísticas y publicidades, este artículo analiza el estereotipo de la dactilógrafa porteña de los años veinte, con el propósito de interpretar los significados sociales que recibieron tanto las transformaciones en la moda como el ingreso de las mujeres a las actividades administrativas, que se produjeron mientras los mandatos de género dominantes reforzaban las subordinaciones femeninas. Si el orden de género colocaba a las mujeres en un lugar subordinado atado a la domesticidad y la maternidad, los cambios sociales las interpelaban tanto a partir del consumo que fomentaba la moda como de la diversificación de la estructura productiva. ¿Cómo impactaron ambas situaciones en las concepciones de la feminidad? o, en otras palabras, ¿el ingreso de las mujeres a los empleos administrativos y el vestir más osado afectaron la domesticidad y la maternidad?

### 1. “El principal objeto de la vida de la mujer es el matrimonio”: feminidad y carrera matrimonial

En las últimas décadas del siglo XIX, los procesos de modernización política y económica encontraron en la construcción de un Estado Nacional y en la

incorporación al mercado internacional sus expresiones máximas. Adosadas a ellas los procesos de modernización sociocultural construyeron un orden de género binario protagonizado por varones y mujeres que se relacionaron de manera jerárquica. Dicho orden materializado a través de distintos discursos sociales como el legislativo, el médico y el cultural, concibió la identidad masculina en la figura del varón proveedor, mientras la identidad femenina se fundía en la maternidad. De esta manera ellos se expresaron en el mundo público y ellas en el mundo privado. Para los unos quedaron las tareas asalariadas, la esfera de los negocios, las actividades políticas e intelectuales; al tiempo que a las otras se les asignaban las tareas domésticas ya sea su realización directa o su gestión, así como también la atención de personas dependientes –menores, ancianos y enfermos.<sup>1</sup>

El contrato matrimonial reunió a ambos dentro de la familia concebida como una institución en la que no sólo se complementaban sino que también se potencializaban los atributos de cada uno. Semejante condición de complementariedad constituyó una relación de subordinación en la que las mujeres –esposas o hijas– quedaron sometidas al poder de los varones –maridos o padres–.<sup>2</sup> El Código Civil (1869) lo legisló con claridad: las mujeres casadas poseían “incapacidades relativas” que las inhabilitaban para desempeñarse en el mundo público.

El horizonte normativo de las biografías femeninas de todos los sectores sociales se inscribió dentro de la carrera matrimonial. Dorothy Dix, la influyente escritora norteamericana, sostenía enfáticamente desde *Para Ti*, un semanario destinado a la mujer: “ser esposa y madre es la carrera predestinada de la mujer. Lo que toda mujer desea”.<sup>3</sup> O para despejar dudas acerca del supuesto destino natural de las mujeres “el principal objeto de la vida de la mujer es el matrimonio. Así lo ordenó la naturaleza, y por más que tenga otras cosas una mujer, si no tiene marido no satisface su más grande ambición en la vida”.<sup>4</sup>

<sup>1</sup> Mary Nash, “El mundo de las trabajadoras: identidades, cultura de género y espacios de actuación”, en J. Paniagua, J. Piqueras, V. Sanz (ed.), *Cultura social y política en el mundo del trabajo* (Valencia, 1999), pp. 47-68; Joan Scott, “La mujer trabajadora en el siglo XIX”, en Georges Duby, Michelle Perrot, *Historia de las mujeres* (Madrid, Taurus, 2000), tomo 4, pp. 427-461.

<sup>2</sup> Arlette Farge, “La historia de las mujeres. Cultura y poder de las mujeres: ensayo de historiografía”, *Historia Social* N° 9 (1991), pp. 79-84.

<sup>3</sup> Dorothy Dix, “La carrera más gloriosa de la mujer”, *Para Ti*, 10 de marzo de 1925, p. 56.

<sup>4</sup> Dorothy Dix, “Un marido para cada mujer”, *Para Ti*, 23 de septiembre 1924, p. 35. Desde la década del veinte hasta mediados de los años cincuenta, *Para Ti* publicó numerosos artículos de Dorothy Dix, seudónimo de Elizabeth Meriwether Gilmer (1888-1951). Probablemente el semanario adquirió estas columnas en las agencias de noticias que distribuían materiales provenientes de los Estados Unidos y Europa. Esta periodista alcanzó una gran popularidad con sus secciones destinadas a desentrañar los sentimientos. Sus columnas aparecieron en más de 280 periódicos y revistas.

El matrimonio constituyó tanto un recurso económico para muchas mujeres cuya subsistencia debería estar asegurada por un proveedor, como una solución social para aquéllas de la alta sociedad. Para la mayoría, el éxito en la carrera matrimonial consistía en “conquistar un buen partido”, es decir, un varón proveedor con la solidez suficiente para cubrir todas las necesidades de la esposa y la futura descendencia. En la búsqueda del candidato intervenía también el grupo familiar ya sea para asegurar el futuro de las hijas, o para asegurar el patrimonio familiar obtenido por el trabajo propio, en el caso de los sectores en ascenso o por herencia, en el caso de los sectores acomodados. La carrera matrimonial seguía una serie de pasos rituales que marcaban las pautas de corrección social. El cortejo o galanteo conocido como “flirt” comenzaba en lugares azarosos, con el intercambio de miradas que proseguía con el cruce de palabras. Luego, si la situación continuaba, el pretendiente debía pedir permiso a la familia de la pretendida para iniciar, previo consentimiento de los padres, un sistema de visitas semanales. Así se iniciaba formalmente el noviazgo que finalizaría en el matrimonio.<sup>5</sup> A partir de entonces, según el esquema machacado desde los medios, la esposa se convertía en “la mujer doméstica” poseedora de “un hombre para sostenerla en la vida”.<sup>6</sup>

Las actividades de “conquista” se desplegaron en eventos sociales: bailes, paseos callejeros que en cierta medida legitimaron la presencia de las jóvenes en calles, parques o plazas y salones de té de algunas grandes tiendas como Harrod’s o Gath & Chaves. Pero también podía empezar en ámbitos o situaciones laborales. Como las oficinas constituyeron espacios que reunieron a mujeres y varones, no fueron pocas las dactilógrafas que ingresaron a la carrera matrimonial desde sus espacios de trabajo o por lo menos, de acuerdo con las representaciones que aparecían en los medios gráficos, intentaron hacerlo.<sup>7</sup>

Uno de los recursos que las mujeres desplegaron para atraer la mirada masculina, con la precisa intención de agradar y seducir, fue la producción de su belleza corporal. Diarios como *La Prensa* y *La Nación* y revistas de circulación masiva –*Caras y Caretas*, *El Hogar* y *Mundo Argentino*– contaron con secciones y columnas destinadas a las mujeres donde aconsejaban en materia de moda y

<sup>5</sup> Dora Barrancos, “Moral sexual, sexualidad y mujeres trabajadoras en el período de entreguerras”, en Fernando Devoto, Marta Madero (eds.), *Historia de la vida privada en la Argentina*, (Buenos Aires, Taurus, 1999), tomo 3, pp. 198-225; “La vida cotidiana”, en Mirta Z. Lobato (ed.), *El Progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)* (Buenos Aires, Sudamericana, 2000), pp. 553-601.

<sup>6</sup> Dorothy Dix, “La carrera más gloriosa de la mujer”, *Para Ti*, Buenos Aires (10 de marzo de 1925), p. 56.

<sup>7</sup> René Rabaché, “El error de Rulito”, *Para Ti*, 25 de septiembre de 1923, p. 39; *Para Ti*, Miguel Zamacois, “Audacia”, 15 de julio de 1924, pp. 41-43; J. Brezol, “El teléfono”, *Para Ti*, 25 de octubre de 1927, pp. 89-100.

acicalamiento corporal, aunque también se explayaban sobre tópicos hogareños y culinarios. Sin duda, se trató de dispositivos creadores de modelos normativos de feminidad.<sup>8</sup> Las mismas vinculaciones establecieron las revistas femeninas concebidas como tales desde sus proyectos editoriales –*La Mujer y la Casa, Para Ti, Femenil, Maribel, Vosotras*–.

Fue *Para Ti*, publicada por Editorial Atlántida, la publicación femenina más influyente durante los años veinte y treinta.<sup>9</sup> En sus páginas se expandieron exponencialmente los consejos que anudaron la belleza corporal con una carrera matrimonial exitosa. En este proceso intervinieron el desarrollo de la industria de los cosméticos, de la moda, de la publicidad y de Hollywood, que incorporaron el uso del maquillaje y pasaron a valorizar un cuerpo esbelto.<sup>10</sup> Las revistas y el cine difundieron por primera vez a gran escala imágenes femeninas ideales y prometieron que mediante el uso de productos y la adquisición de nuevas habilidades, todas las mujeres, y no sólo algunas, podían ser bellas.<sup>11</sup> Un artículo de *Para Ti* sentenciaba “parece que en el mundo no hubiese ya sitio para mujeres que no se cuidan de su exterior”.<sup>12</sup> Así, la belleza modelada a través del acicalamiento se transformaba en un nuevo mandato femenino y ya en la década del treinta se convertiría en un valor cercano al éxito social.<sup>13</sup> Los concursos de belleza organizados por una revista como *El Hogar*, donde las participantes mandaban su foto y los lectores votaban, pueden considerarse como un síntoma de esta revalorización por el aspecto.<sup>14</sup>

Los nuevos parámetros de belleza se expresaron con notables innovaciones en la moda femenina respecto de los años anteriores a la Primera Guerra Mundial. Las mujeres asistieron a una cierta simplificación en su forma de vestir que estuvo asociada a la nueva forma de sus cuerpos: faldas que mostraban los tobillos, blusas

<sup>8</sup> Tania Diz, *Alfonsina periodista. Ironía y sexualidad en la prensa argentina (1915-1925)*, (Buenos Aires, Libros del Rojas, 2006), pp. 25-54.

<sup>9</sup> Paula Bontempo, “*Para Ti*: una revista moderna para una mujer moderna (1922-1935)”. *Estudios Sociales*, Santa Fe, N° 41 (2011), pp. 127-156.

<sup>10</sup> Mike Featherstone, “The body in a consumer society”, en Mike Featherstone, M. Hepworth, M. Turner (ed.), *The Body: Social Process and Cultural Theory* (Londres, Sage, 1991).

<sup>11</sup> Gilles Lipovetsky, *La tercera mujer. Permanencia y revolución de lo femenino* (Barcelona, Anagrama, 1999).

<sup>12</sup> Hazel Rawson Cades, “Toda chica puede conseguir un exterior agradable”, *Para Ti*, 10 de abril de 1928, p. 57. Hazel Rawson Cades fue la editora de la sección de belleza de la revista femenina norteamericana *Woman's Home Companion* y autora de *Any girl can be good-looking* (1927). Como mencionamos anteriormente, *Para Ti* compraba este tipo de artículos.

<sup>13</sup> Hugo Vezzetti, “Viva Cien Años. Algunas consideraciones sobre familia y matrimonio en la Argentina”, *Punto de Vista*, Buenos Aires, N° 27 (1986), pp. 5-10; Óscar Traversa, *Cuerpos de papel. Figuraciones del cuerpo en la prensa 1918-1940* (Barcelona, Gedisa, 1997); Mirta Z. Lobato, *Cuando las mujeres reinaban. Belleza, virtud y poder en la Argentina del siglo XX* (Buenos Aires, Biblos, 2005), pp. 9-16.

<sup>14</sup> *El Hogar*, “Concurso de Belleza”, 09 de noviembre de 1928, p. 45.

que dejaban ver los brazos y vestidos escotados y sueltos, aunque debajo de sus ropas, siguieran usando las entalladoras fajas. En este período se impuso el corte de los cabellos, se generalizó el uso de cremas y polvos faciales y comenzó a aceptarse, aunque tímidamente, el maquillaje. Las dactilógrafas, al igual que todas las “chicas modernas”, incorporaron los nuevos estilos. Algunas investigaciones señalaron que la exposición de los cuerpos se percibió disruptiva y amenazante hacia los principios de género dominantes, por lo tanto, las mujeres estuvieron en una negociación permanente que implicó, como una forma de autodisciplina, aparecer en la esfera pública pero con la condición de regular su apariencia a través de técnicas de autoaprendizaje.<sup>15</sup> Por otro lado, otras pesquisas sugirieron que la cultura de la belleza no sólo debía pensarse como una imposición de autocontrol que incluía sueños de romance y casamiento sino también como un sistema de significados que ayudó a las mujeres a manejarse en las cambiantes condiciones que presentaba la experiencia de la modernidad.<sup>16</sup> En este trabajo abordaremos una perspectiva que contemple ambas interpretaciones considerando que los cambios enunciados, que analizaremos a continuación, se propusieron exaltar la belleza femenina y, así, contribuir a la carrera matrimonial, pero también fueron requisitos para el ingreso y la permanencia en los empleos administrativos que se tradujeron en una exigencia de “buena presencia”.

## 2. “La moda de cortarse el cabello”: la “chica moderna” de Buenos Aires

La melena preferentemente ondulada, las ropas holgadas y cortas junto con el maquillaje discreto marcaron las tendencias de la moda que interpelaron a todas las mujeres, desde las obreras de fábricas hasta las de la alta sociedad, al tiempo que originaron nuevas pautas de consumo femenino. Pero también introdujeron sutiles cambios que insinuaron una modernización en las costumbres. Ésta encontró en las industrias culturales –revistas, diarios y publicidades– un espacio para expresar tanto sus aciertos como sus amenazas e incertidumbres.

Por lo tanto, no resulta llamativo que *Mundo Argentino* lanzara desde su columna de lectoras la encuesta “¿Qué opina usted de la moda de cortarse el cabello?” que suscitó respuestas a favor y en contra sobre las consecuencias que para la moralidad de las mujeres traía la melena<sup>17</sup> o que *Para Ti* tranquilizara a

<sup>15</sup> Liz Connor, *The spectacular modern woman. Feminine visibility in the 1920s* (Bloomington & Indianapolis, Indiana University Press, 2004), pp. 105-128.

<sup>16</sup> Kathy Peiss, *Hope in a jar. The making of America's beauty culture* (New York, Owl Books Henny Holt and Company, 1998), pp. 3-8; 61-96.

<sup>17</sup> La encuesta se publicó a lo largo de todo el segundo semestre de 1924. *Mundo Argentino*, “¿Qué opina usted de la moda de cortarse el cabello?” y “¿Qué opina de la melanita?”, 2 de julio a 31 de diciembre de 1924.

aquellas que se habían animado a cortar sus cabellos reafirmando la vigencia de la melena y la manera de modificarla sin la necesidad de esperar a que el cabello creciera.<sup>18</sup> Quizás fuera más novedosa la defensa que *Femenil* hizo del cabello corto. Un artículo anónimo señalaba que la melena constituía un resultado de la vida moderna, símbolo de la “sublevación femenina”, y el uso de ella por parte de las mujeres también era una forma, al igual que el reclamo de los derechos civiles o políticos, de “ejercitarse en el poder”. El o la responsable de estas notas no alentaba a las lectoras a participar de los movimientos de mujeres sino que les ofrecía una alternativa de rebelión más segura, cómoda y sin riesgos: el cabello corto.<sup>19</sup>

Pero fue el maquillaje el principal objeto de críticas. Su uso –fundamentalmente el *rouge* y el *rimmel*– fue símbolo de fervor estético de las mujeres más avanzadas y en ocasiones funcionó como un indicio de la dudosa moralidad de quien lo llevaba. Las críticas provenían tanto de *Criterio* –una revista católica que advertía a sus lectores y lectoras sobre la belleza femenina que contrariaba a la “naturaleza”–<sup>20</sup> como de *Para Ti*, que si bien publicaba fotos de actrices maquilladas, no dejaba de censurar dicho recurso estético. Así, retocarse los labios en público era algo “indecoroso y poco femenino” porque convertía a la mujer en una “mariposilla ligera” y avergonzaba a su acompañante varón.<sup>21</sup>

Esta modernización de la belleza animó la creación de distintos estereotipos de “mujeres modernizadas” en las industrias culturales. Uno de los más audaces lo constituyó la *vamp*, es decir, una mujer económicamente independiente, que

<sup>18</sup> May Cavin, “Jugando a las escondidas con la melena”, *Para Ti*, 14 de abril de 1925, p. 83.

<sup>19</sup> *Femenil*, “El avance de los cabellos largos”, 26 de abril de 1926, p. 79.

A partir de los años veinte, se destacaron las demandas de distintas agrupaciones feministas en torno a los derechos civiles y los derechos políticos. En relación con los primeros, en 1926, se conquistó una ampliación de la capacidad civil de las mujeres gracias a un proyecto presentado por el Partido Socialista (Ley 11.357). Los segundos tuvieron un recorrido más sinuoso que desembocaría en la sanción de la legislación sobre derechos políticos en 1947 (Ley 13.010). Ver Marcela Nari, “Maternidad, política y feminismo”, en Fernanda Gil Lozano, Valeria Pita, Gabriela Ini (eds.), *Historia de las mujeres en la Argentina* (Buenos Aires, Taurus, 2000), tomo 2, pp. 196-221; Verónica Giordano, *Ciudadanas incapaces. La construcción de los derechos civiles en Argentina, Brasil, Chile y Uruguay en el siglo XX* (Buenos Aires, Teseo, 2012), pp. 73-165; Adriana M. Valobra, *Del bogar a las urnas. Recorridos de la ciudadanía política femenina. Argentina, 1946-1955* (Rosario, Prohistoria, 2010), pp. 27-64.

<sup>20</sup> Omar Acha, “Organicemos la contrarrevolución: discursos católicos sobre los géneros, la familia y la reproducción a través de *Criterio* (1928-1943)”, Omar Acha y Paula Halperín (ed.), *Cuerpos, géneros e identidades. Estudios de historia de género en Argentina* (Buenos Aires, Ediciones del Signo, 2000), pp. 137-193.

<sup>21</sup> Lola De Laredo, “Mujeres que no se casan. La que usa carmín”, *Para Ti*, 5 de julio de 1924; *Para Ti*, “Un soltero que no piensa casarse. Consideraciones acerca de la joven moderna”, 10 de diciembre de 1929, p. 64.

vivía fuera de la esfera del hogar y se mostraba sexualmente libre.<sup>22</sup> Cercanas a las llamadas “mujeres de la vida” –ya que todas las mujeres independientes eran prostitutas potenciales porque simbolizaban la decadencia social y la pérdida de las virtudes sociales y personales– las encontramos en los folletines, en novelas realistas y en los tangos.<sup>23</sup>

Otra figura controvertida fue la *feminista*. En general se la mencionaba para advertir a las lectoras sobre los peligros de conquistar espacios que no le pertenecían y así transformarse en seres masculinos. En la escena local fue la médica Julieta Lanteri la encargada de llevar el estigma de “desfeminizada”. Sus intervenciones callejeras, su sufragismo radicalizado y sus audaces afirmaciones de los derechos femeninos, combinadas con una vida sin hijos y un divorcio, hicieron que fuese percibida como una mujer perturbadora y viril.<sup>24</sup>

Al contrario de la *vamp* y la *feminista*, fue la figura de la *mujer moderna* la más elogiada. Definida en oposición a una construcción de una mujer antigua –de otra generación, sufriente y doliente, pasiva y encerrada– el concepto de mujer moderna se articuló alrededor de ciertas características. Por un lado, esta “mujer moderna” o “mujer actual”, propuesta por revistas como *Para Ti*, circulaba por diferentes ámbitos, desde las calles hasta las asociaciones caritativas. Por otro lado, se encontraba informada sobre la prevención de enfermedades y la conservación de la salud, interesada en la moda y el cuidado corporal, atraída por las novedades del mercado, por el arreglo del hogar y atenta a las recomendaciones de puericultoras y de especialistas de economía doméstica. La *mujer moderna* se diferenciaba de la *joven* o *chica moderna* porque, fundamentalmente, era una profesional de su hogar y de la maternidad.<sup>25</sup>

Las “jóvenes modernas” o “mujeres muy modernas” estuvieron en sintonía con las *flappers* inglesas, las *garconnes* francesas y las *modern girls* norteamericanas. Ellas acapararon el protagonismo de la modernización de las costumbres femeninas. De físico desgarbado, usaban el cabello corto, llevaban maquillaje y vestían faldas holgadas y reducidas. Estas jóvenes transitaban en las tapas de los magazines, en portadas de discos, en publicidades y en productos de belleza. La “chica moderna” era joven y como tal se suponía que los lugares que frecuentaba –bailes, teatros y cines–, sus intereses –diversión, moda y *flirt*–, su comportamiento –encuentro a solas con “amigos”, lecturas “escabrosas” y conversaciones telefónicas– junto con sus consumos –maquillaje, vestuario a la

<sup>22</sup> Carolyn Kitch, *The girl on the magazine cover. The origins of visual stereotypes in American mass media* (Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 2001), pp. 56-74.

<sup>23</sup> Donna Guy, *El sexo peligroso. La prostitución legal en Buenos Aires, 1875-1955* (Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1991), pp. 174-212.

<sup>24</sup> Dora Barrancos, *Inclusión/Exclusión. Historia con mujeres* (Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000), pp. 47-76.

<sup>25</sup> Bontempo, “*Para Ti*: una revista moderna para una mujer moderna (1922-1935)”, pp. 127-156.

moda, bebidas alcohólicas y tabaco— estaban asociados a esa juventud y desenfado. En los distintos bienes culturales, las *jóvenes modernas* aparecieron en artículos descalificando su conducta, en las publicidades emulando su espíritu libre y en las caricaturas ridiculizando su comportamiento.<sup>26</sup> Una versión muy difundida de la “joven moderna” era la de las muchachas de los sectores sociales acomodados, quienes podían divertirse y consumir despreocupadamente. Especialmente esta encarnación fue decodificada como agente de la desnacionalización —por sus gustos y supuestos comportamientos foráneos— y de la decadencia moral.<sup>27</sup>

En los escritorios la “chica moderna” se encarnó en la dactilógrafa, es decir, la empleada coqueta y negligente, desenfadada e irresponsable, tal como analizaremos más adelante. Las dactilógrafas junto a las demás trabajadoras constituyeron otra representación de las mujeres modernizadas. Revistas como *Para Ti* interpretaron el trabajo femenino asalariado como una cuestión clave de la modernización de las costumbres y algunos de sus artículos y comentarios tenían opiniones meramente tolerantes respecto de la presencia de las mujeres en el mercado laboral. Para esta publicación, y de acuerdo con los principios de género hegemónicos, sólo la necesidad debería hacer que las mujeres dejaran sus casas y a sus hijos para ir a espacios laborales como los de una fábrica, terminar “deshecha” y llevar una vida “obscura y anónima”.<sup>28</sup> Además, tal como lo planteaba Leda, la columnista de “Epistolario sentimental”, el solo hecho de “salir” implicaba la amenaza de una “caída moral” o un “mal paso”. De esta manera, le recordaba a la lectora “Ilusiones Muertas” que “el teatro es tan “peligroso” para una mujer como la “calle” y como el austero escritorio de un financista, donde trabajan mecanógrafas, taquígrafas, auxiliares.”<sup>29</sup>

Los cambios en las costumbres femeninas introducidos por las nuevas concepciones de belleza y asociados con una mayor libertad —cuerpos más descubiertos, circulación pública— alimentaron distintos estereotipos en las industrias culturales: la *vamp*, la *feminista*, la *chica moderna*, la *trabajadora*. Como todos ellos colocaban en un lugar de tensión a la feminidad doméstica y maternal, fue el estereotipo de la *mujer moderna*, fiel a la carrera matrimonial, a la domesticidad y a la maternidad el que se impuso como legítimo. La feminidad podía actualizarse a través de la moda, los consumos y las costumbres, pero las mujeres seguían los mandatos que el orden de género les marcaba.

<sup>26</sup> Kitch, *The girl on the magazine cover*, pp. 120-135.

<sup>27</sup> Cecilia Tossounian, “Figuring modernity and national identity: representations of the Argentine modern girl (1918-1939)”, en Cheryl Krasnick, Warsh y Dan Malleck (ed.), *Consuming modernity: changing gendered behaviours and consumerism, 1919-1940* (Vancouver, UBC Press, en prensa).

<sup>28</sup> *Para Ti*, “Las obreras”, 22 de mayo de 1923, p. 11; *Para Ti*, “El día de una madre obrera”, 24 de junio de 1924, p. 41.

<sup>29</sup> *Para Ti*, “Epistolario sentimental”, 29 de abril de 1924, p. 10.

La figura de la “chica moderna” marcó el límite entre aquellas conductas que el orden de género aceptaba y aquellas otras que condenaba. En los años 20, las jóvenes modernas, las dactilógrafas entre ellas, perseguían dos objetivos: uno inmediato: divertirse o entretenerse; otro mediato: casarse. Era esperable que el primero condujera al segundo. El entretenimiento coincidía con un período del ciclo vital, la juventud, cuando el desenfado podía permitirse, aunque con prudencia, porque era imperioso evitar posibles “caídas” de las que ninguna se recuperaría. El matrimonio marcaba el ingreso a la adultez y el fin de la juventud.

### 3. “*El empleo de dactilógrafa está casi reservado para la mujer*”: *trabajo femenino y empleos administrativos*

Mientras las transformaciones en la moda interpelaban a todas las mujeres, muchas de ellas participaron en distintas actividades asalariadas de los sectores secundario y terciario de la economía.<sup>30</sup> Desde los principios de género dominantes, el trabajo asalariado traía serios problemas a la condición femenina. En primer lugar, no desligaba a las mujeres de los deberes domésticos, por lo tanto, se sumaba a ellos dando lugar a una sobrecarga de tareas. En segundo lugar, las actividades asalariadas implicarían un descuido de las actividades maternas porque aquella que trabajara en un taller, fábrica, comercio u oficina estaba fuera de su hogar unas diez horas diarias promedio, por lo tanto, hijas e hijos quedaban abandonados. Además, para las obreras, es decir, las trabajadoras manuales, el trabajo provocaba el daño físico que ocasionaba el deterioro de su capacidad reproductiva, es decir, que parirían seres débiles o “degenerados” que traerían en el largo plazo un decaimiento de la calidad de la población con la consiguiente crisis material de la sociedad.

Pero también las obreras, y en esto las acompañaban las empleadas, estaban expuestas a los acosos sexuales tanto de sus superiores como de sus compañeros de trabajo. En realidad, como ya mencionamos anteriormente, a través de los consejos que recibía “Ilusiones Muertas”, todas aquellas mujeres que transitaban las calles eran potenciales víctimas de aquéllos. Tangos, novelas por entregas, revistas, relatos breves y películas crearon la imagen del “mal paso”. En estos relatos una joven mujer –muchas veces trabajadora, aunque no siempre– era seducida por un hombre que bajo engaños y falsas promesas la empujaba hacia

<sup>30</sup> Graciela Queirolo, “Mujeres que trabajan: una revisión historiográfica del trabajo femenino en la ciudad de Buenos Aires (1890-1940)”, *Novo Topo. Revista de Historia y Pensamiento Crítico*, Buenos Aires, N° 3, (2006), pp. 29-49; Mirta Z. Lobato, *Historia de las trabajadoras en la Argentina (1869-1960)* (Buenos Aires, Edhasa, 2007), pp. 19-79.

el sexo. El desenlace consistía en el abandono, el ingreso en la prostitución o la muerte.<sup>31</sup>

Por lo tanto, el trabajo se legitimó como una actividad excepcional en la biografía de las mujeres. Sólo una imperiosa necesidad económica debida a la ausencia del varón proveedor o a un déficit del presupuesto familiar explicaba la participación femenina en el mercado. De acuerdo con ello, esta era transitoria: las mujeres trabajarían un período de sus vidas que generalmente coincidía con su juventud mientras fueran solteras, ya que el matrimonio implicaba su retiro del mercado, excepto que la necesidad no lo permitiera. Pero además, el trabajo femenino recibía sueldos inferiores a los del trabajo masculino porque se lo concebía como un complemento del presupuesto familiar: las mujeres “ayudaban” a sus padres o maridos con su trabajo, pero no tenían el mandato de género de ser proveedoras, aunque muchas de las que trabajaban sí lo eran.<sup>32</sup>

Desde los primeros años del siglo XX, en muchas sociedades occidentales se entretejieron estrechos vínculos entre la escritura a máquina y las mujeres. Fue su supuesta motricidad fina, habilidad que se naturalizó en ellas, lo que las predispuso para la ejecución del teclado de la máquina de escribir. Se trataba de un uso similar al realizado durante la ejecución del piano, instrumento asociado con las “buenas conductas” femeninas.<sup>33</sup> Ya en 1907, la revista *PBT* titulaba un artículo “Nueva profesión femenil. La dactilografía”. Esta se definía como “un trabajo fácil” que asignaba a las mujeres un “medio de vida”. La facilidad radicaba en que en poco tiempo se aprendía la técnica y la velocidad se adquiría con la práctica: “lo demás viene con el ejercicio constante, sin esfuerzo cerebral de ninguna especie”. Las tareas repetitivas eran óptimas para las mujeres escasas en razón, quienes además se beneficiaban con sus cualidades motrices: “la natural delicadez de su tacto que tan aptas hace a las jóvenes para aprender el piano y el arpa, les facilita mucho la tarea de la máquina de escribir”.<sup>34</sup>

<sup>31</sup> Diego Armus, “El Viaje al Centro, Tísicas, Costureritas y Milonguitas en Buenos Aires, 1910-1940”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, Buenos Aires, V 22, N° 3 (2000), pp. 101-124; Raúl Campodónico, Fernanda Gil Lozano, “Milonguitas en-cintas. La mujer, el tango, el cine”, en Fernanda Gil Lozano, Valeria Pita, Gabriela Ini (eds.), *Historia de las mujeres en la Argentina* (Buenos Aires, Taurus, 2000), tomo 2, pp. 136-153; Graciela Queirolo, “Malos pasos, caídas, sacrificios, entregas: representaciones literarias del trabajo femenino asalariado (Buenos Aires, 1919-1939)”, en Silvia C. Mallo, Beatriz I. Moreyra (ed.), *Miradas sobre la Historia Social en la Argentina en los comienzos del siglo XXI* (Córdoba, Centro de Estudios Históricos “Prof. Carlos S. A. Segreti” / Centro de Estudios de Historia Americana Colonial - Universidad Nacional de La Plata, 2008), pp. 627-647.

<sup>32</sup> Nash, “El mundo de las trabajadoras”, pp. 47-68; Lobato, *Historia de las trabajadoras*, pp. 82-96.

<sup>33</sup> Joan, Scott, Louise Tilly, *Les Femmes, le Travail et la Famille* (Paris, Petite Bibliothèque Payot, 2002 [1978]), pp. 263-271.

<sup>34</sup> *PBT*, “Nueva profesión femenil. La dactilografía”, 21 de diciembre de 1907, p. 107. Agradecemos a E. P. el habernos facilitado este documento.

La supuesta natural habilidad motriz de las mujeres se combinó con una expansión de las tareas burocráticas, producto del incremento del volumen de documentos escritos que se utilizaban en las actividades de los sectores secundario y terciario de la economía. La máquina de escribir, instrumento mecánico clave en las oficinas, permitió un doble proceso: por un lado, la estandarización de los documentos al universalizar los tipos de letras y dejar de lado la dependencia de la legibilidad de caligrafías individuales y por otro, una expansión de la productividad gracias a la mayor velocidad para producir textos. La “escritura al tacto”, es decir, el uso de los diez dedos de las manos sin mirar el teclado, se convirtió en el “método o sistema científico” clave para la eficiencia y rapidez de la producción de escritos.<sup>35</sup>

Burocratización de la vida económica, tecnificación del trabajo de oficina y feminización de la mecanografía se conjugaron para permitir el ingreso de las mujeres a las tareas administrativas. La feminización de la mecanografía se constató con el censo de 1914. Alberto Martínez, presidente de la comisión nacional que llevó a cabo el relevamiento poblacional resumió “el empleo de dactilógrafa está casi reservado para la mujer. A esta se ve ya, con mucha frecuencia, al frente de los escritorios de muchas casas comerciales (...)”.<sup>36</sup>

Los datos volcados en el informe censal le permitieron a Martínez afirmar lo anterior. En 1914, un 70% de la población de dactilógrafas/os del sector privado de la economía, tanto en la Argentina como en Buenos Aires, eran mujeres (ver tabla 1). Del mismo modo, la información suministrada por avisos clasificados permite constatar el crecimiento de la ocupación y de la participación femenina en la capital rioplatense. Como indica la tabla 2, las dactilógrafas no sólo incrementaron su cantidad en términos absolutos, sino que con respecto a los dactilógrafos, y a lo largo de la década, superaron siempre el 50%. Debido a que el mercado siempre demandó más mujeres que varones para los puestos de dactilografía, podemos concluir que en los años veinte la dactilografía era una ocupación feminizada.<sup>37</sup>

<sup>35</sup> Rodolfo M. Eyzaguirre, *Dactilografía y correspondencia comercial* (Buenos Aires, Juan Perroti, 1924), pp. 252-253.

<sup>36</sup> *Tercer Censo Nacional. Levantado el 1 de junio de 1914* (Buenos Aires, Talleres Gráficos de L. J. Rosso y Cía, 1916), tomo 1, pp. 252-253.

<sup>37</sup> Estos cambios estuvieron en sintonía con los que se produjeron en las sociedades de Europa Occidental y de Estados Unidos al finalizar la Primera Guerra Mundial. Ver: Margery W. Davies, *Woman's Place is at the Typewriter. Office Work and Office Workers 1870-1930* (Philadelphia, Temple University Press, 1982); Anne Marie Sohn, “Los roles sexuales en Francia e Inglaterra, una transición suave”, en Georges Duby, Michelle Perrot (eds.), *Historia de las mujeres* (Madrid, Taurus, 1993), tomo 4, pp. 127-157.

Tabla 1<sup>38</sup>

1914. Población profesional mayor de 14 años.  
Mujeres y varones. Dactilógrafas y dactilógrafos

	Mujeres	Varones	Total	Mujeres respecto del total	Varones respecto del total
República Argentina	687	299	986	70%	30%
Ciudad de Buenos Aires	601	254	855	70%	30%

Tabla 2<sup>39</sup>

Ciudad de Buenos Aires. Década de 1920.  
Dactilógrafas y dactilógrafos

	Mujeres	Varones	Total	Mujeres respecto del total	Varones respecto del total
1921	17	13	27	57%	43%
1924	35	7	42	83%	17%
1927	54	16	70	77%	23%

Los empleos de escritorio implicaban el dominio de un conjunto de habilidades a las que se podía acceder con una relativa facilidad. Tanto mujeres como varones debían estar alfabetizados, es decir, debían saber leer y escribir, requisitos indispensables para poder capacitarse en los saberes específicos que demandaban las tareas administrativas: mecanografía, taquigrafía, caligrafía, teneduría de libros y manejo del papeleo en general. La alfabetización estuvo garantizada por la escolaridad básica obligatoria, mientras que la capacitación en las otras destrezas se montó a través de una densa red de profesores, institutos y academias que difundieron una propuesta en la que se combinaban brevedad, baratura y facilidad de aprendizaje. En un período que promediaba

<sup>38</sup> *Tercer Censo Nacional. Levantado el 1 de junio de 1914* (Buenos Aires, Talleres Gráficos de L. J. Rosso y Cía, 1916), tomo 4, p. 211.

<sup>39</sup> Elaboración propia según una muestra relevada en *La Prensa*, los días 14 al 20 marzo de 1921; 16 al 22 de mayo de 1921; y 12 al 18 de septiembre de 1921; 17 al 23 de marzo de 1924; 16 al 22 de junio de 1924; 15 al 21 de septiembre de 1924; 21 al 27 marzo de 1927; 20 al 26 de junio de 1927 y 12 al 18 septiembre de 1927.

los tres meses, con costos accesibles, y gracias a técnicas simples, mecánicas y repetitivas, era posible adquirir las destrezas necesarias que luego la misma práctica laboral permitiría mejorar.

Junto con las habilidades técnicas se exigía una “buena presencia”.<sup>40</sup> Así, la moda ingresaba a la oficina. Si para los varones ello significó el uso de camisa y corbata, para las mujeres implicó vestir blusas y faldas, medias de seda y zapatos de taco, acompañados de accesorios a tono como guantes, sombrero y cartera. Este buen vestir, que debía combinar la elegancia con la prudencia, para evitar malentendidos que supuestamente podían estimular un “mal paso”. De estos requerimientos daban cuenta algunas viñetas humorísticas donde la postulante que conseguía el empleo era la más bella y elegante de todas.<sup>41</sup> Por lo tanto, el ideal de belleza no sólo era un requisito para la carrera matrimonial.

Con un tono menos exagerado que el de la viñeta, así lo resumía una dactilógrafa entrevistada por *Mundo Argentino* en 1929: “debemos presentarnos en la oficina correctamente vestidas y calzadas. (...) No tan sólo debemos escribir lo más rápidamente que se pueda, sino también poseer, si no muchas, algunas nociones gramaticales, porque (...) debemos tener redacción propia para poder contestar correctamente las cartas que nos den”.<sup>42</sup>

La mayoría de las mujeres que reunían las habilidades técnicas –velocidad, precisión para mecanografiar y correcta expresión escrita– junto con una apariencia externa “presentable” eran aquellas que integraban los sectores sociales que habían comenzado su experiencia de movilidad social ascendente. No sin grandes esfuerzos, sus familias habían sostenido su paso por el sistema escolar y hasta habían tenido acceso a la educación informal, es decir, que habían estado protegidas de un temprano ingreso al mercado provocado por la necesidad como ocurría con las mujeres que integraban los sectores de menores recursos.

Incluso en el caso de aquellas mujeres que ejercían la ocupación de dactilógrafas empujadas por la imperiosa necesidad de apuntalar el presupuesto familiar, se beneficiaban con los relativamente mejores niveles salariales asignados a estas ocupaciones. En 1919, *Mundo Argentino* entrevistó a dos dactilógrafas quienes declararon un aumento salarial respecto del pasado cuando habían trabajado como obreras manuales.<sup>43</sup> Sin embargo, estas mejorías laborales relativas no

<sup>40</sup> Graciela Queirolo, “El mundo de las empleadas administrativas: perfiles laborales y carreras individuales (Buenos Aires, 1920-1940)”, *Trabajos y Comunicaciones*, La Plata, N° 34 (2008), pp. 129-151; Ezequiel Adamovsky, *Historia de la clase media argentina. Apogeo y decadencia de una ilusión, 1919-2003* (Buenos Aires, Planeta, 2009).

<sup>41</sup> *Atlántida*, “La que consiguió empleo”, 21 de mayo de 1925.

<sup>42</sup> Carlos J. Montes, “Cómo vive la gente útil”, *Mundo Argentino*, 2 de octubre de 1929, p. 11.

<sup>43</sup> *Mundo Argentino*, “Cómo viven nuestros obreros. ¿Los salarios de los trabajadores están en relación con el costo de vida? *Mundo Argentino* visita a unas dactilógrafas”, 17 de septiembre de 1919, p. 48.

podían ocultar que los sueldos asignados a las mujeres eran menores que los que recibían los varones porque se los consideraban complementarios del presupuesto familiar.<sup>44</sup>

Con todo, las mujeres no dejaron ni de incorporarse ni de permanecer en las actividades asalariadas, en especial en los empleos administrativos. En el caso particular de estos, si bien no dejaron de estar inscriptos dentro de la adversidad generalizada hacia el trabajo de las mujeres, sus conexiones con la alfabetización y con la capacitación informal, así como los relativos mejores niveles salariales, les otorgaron cierto prestigio que no gozaban otras ocupaciones, en especial, las fabriles asociadas con la degeneración física de las obreras.

Dicha participación laboral se debió no sólo y exclusivamente a motivos de necesidad material –que indudablemente constituyó una variable clave para comprender el ingreso y la permanencia– sino también a las posibilidades que el mercado les abría. Estas se relacionaron con la capacidad de consumo personal y con la capacidad de ahorro dentro de la estructura familiar en pos de la búsqueda del ascenso social,<sup>45</sup> e inclusive la posibilidad de ciertas carreras laborales que ofrecían algunos empleos como los administrativos y los comerciales. Este último aspecto se expandiría a partir de los años 30 y 40.<sup>46</sup>

#### 4. *Mangacha tan “perfecta dactilógrafa” como “hada del teclado”: la “chica moderna” en el escritorio*

A lo largo de la década de 1920, la prensa escrita difundió el estereotipo de la empleada administrativa, una joven soltera, que combinaba una aguda negligencia laboral con un enorme entusiasmo en la diversión y un obsesivo arreglo personal bajo los parámetros de la moda. Se trataba de una versión de la “chica moderna” en clave asalariada.

Mientras desde *La Nación*, Alfonsina Storni la llamó “la perfecta dactilógrafa”, Jacqueline, una enigmática colaboradora de *Para Ti*, la bautizó “el hada del teclado” o “la chiquilla exasperante que hace su trabajo cuando no encuentra otra cosa que hacer”, al tiempo que un/a anónimo/a columnista de *Mundo Argentino* la presentó como “Milonguita dactilógrafa”.<sup>47</sup> Este estereotipo cobró vida en “Mangacha, la dactilógrafa”, tira cómica que *Para Ti* publicó a lo largo

<sup>44</sup> *Mundo Argentino*, “Cómo viven nuestros obreros”, 17 de septiembre de 1919, p. 48; Carlos J. Montes, “Cómo vive la gente útil”, *Mundo Argentino*, 2 de octubre de 1929, p. 11.

<sup>45</sup> Dora Barrancos, “Moral sexual, sexualidad y mujeres trabajadoras”, pp. 198-225.

<sup>46</sup> Graciela Queirolo, “Mujeres en las oficinas. Las empleadas administrativas: entre la carrera matrimonial y la carrera laboral (Buenos Aires, 1920-1950)”, *Diálogos*, v 16, N° 2 (2012), pp. 417-444.

<sup>47</sup> Alfonsina Storni, “La perfecta dactilógrafa”, *La Nación*, 9 de mayo de 1920, p. 1; *Para Ti*, “Cartas de Jacqueline. El hada del teclado”, 20 de enero de 1925, p. 22; *Para Ti*, “Cartas de Jacqueline”, 1 de marzo de 1927, pp. 39 y 56; *Mundo Argentino*, “La melenita, el problema más trascendental

de 1923, así como también en una gran cantidad de viñetas unitarias y en publicidades aparecidas en distintos diarios y revistas (imagen 1).

Imagen 1  
Mangacha, la dactilógrafa<sup>48</sup>



En todas sus versiones, la empleada administrativa era una dactilógrafa cuya principal tarea consistía en mecanografiar cartas comerciales. Algunas, como Mangacha, también eran taquígrafas, es decir, tomaban nota de lo que un superior les dictaba y luego lo transcribían mecanográficamente. También atendían el teléfono y se ocupaban de trámites en la calle –llevar documentos a otras oficinas, ir al banco o al correo–. Sin embargo, la negligencia, empapada

---

de la mujer moderna”, 3 de septiembre de 1924, p. 2. Agradecemos a C.T. habernos advertido sobre “el hada del teclado”.

<sup>48</sup> *Para Ti*, “Mangacha, la dactilógrafa”, 24 de julio de 1923, p. 47.

de desidia, impregnaba constantemente el desempeño laboral de la empleada administrativa porque sus escasas habilidades técnicas se potencializaban con sus irresponsables actitudes. Por un lado, no dominaba la escritura al tacto, a pesar de haber asistido a una institución comercial. La “perfecta dactilógrafa”, una irónica alusión a la falta de aplicación laboral de la empleada, “se ha pasado tres meses de aprendizaje sin conseguir que entren en funciones ni el anular ni el meñique, resolviéndose al fin por la dactilografía a dos dedos (índice y mayor), todo esto previa constante consulta ocular al teclado”.<sup>49</sup> Tampoco escribían al tacto ni Mangacha, ni las protagonistas de unas publicidades de crema para manos –Conchita y Nena–, dibujadas con la vista concentrada en el teclado de la máquina y empleando los dedos índices para operarla,<sup>50</sup> ni la dactilógrafa de una viñeta de *Mundo Argentino* que directamente usaba una máquina con tres teclas porque, como satirizaba el personaje, su jefe “era un hombre de pocas palabras”.<sup>51</sup> Todo esto se combinaba ya con una escritura plagada de errores de ortografía<sup>52</sup>, ya con mala redacción: “no tiene siempre por la sintaxis el respeto que le debe y sus participios no concuerdan mejor que los diputados de la Cámara”, satirizaba la creadora de “el hada del teclado”.<sup>53</sup>

La falta de destrezas técnicas se sumaba a la fácil desconcentración que poseía la dactilógrafa cuando le dictaban el contenido de algún documento. Mangacha sólo podía retener el encabezado de una carta porque dejaba de prestar atención al dictado, mientras que otras confundían el dictado con sus aflicciones: “(...) cuando sus pequeños asuntos personales no marchan del todo bien, tienen extrañas distracciones; se ha comentado largo tiempo a aquella que hizo llevar al ministro un informe que comenzaba por estas palabras: “mi querido Jorge: si no viene usted el domingo, todo habrá terminado entre nosotros”.<sup>54</sup>

Las negligencias se potencializaban con una desenfadada irresponsabilidad que redundaba en un retraso de tareas. Ante la ausencia del jefe, la empleada postergaba sus obligaciones: leía novelas, hablaba con sus compañeras o compañeros, se hacía una escapada para ir a la modista o a la peluquería, hablaba por teléfono con sus festejantes y se maquillaba. Incluso, usaba los recursos del escritorio para sus intereses personales, tanto la línea telefónica, el papel y la máquina para las cartas a sus admiradores, como los servicios

<sup>49</sup> Alfonsina Storni, “La perfecta dactilógrafa”, *La Nación*, 9 de mayo de 1920, p. 1.

<sup>50</sup> *La Nación*, 26 de octubre de 1930, p. 3, *Para Ti*, 8 de octubre de 1929, p. 28.

<sup>51</sup> *Mundo Argentino*, 24 de septiembre de 1924, p. 36.

<sup>52</sup> Alfonsina Storni, “La perfecta dactilógrafa”, *La Nación*, 9 de mayo de 1920, p. 1.; *Para Ti*, “Mangacha, la dactilógrafa”, 24 de julio de 1923, p. 47.

<sup>53</sup> *Para Ti*, “Cartas de Jacqueline. El hada del teclado”, p. 22.

<sup>54</sup> *Para Ti*, “Mangacha, la dactilógrafa”, 11 de septiembre de 1923, p. 47; *Para Ti*, “Cartas de Jacqueline. El hada del teclado”, p. 22.

del muchacho de los mandados. Mangacha no dudaba en enviar al cadete a la tienda a buscar un accesorio de su nuevo vestido.<sup>55</sup>

Además, la dactilógrafa tampoco respetaba los horarios de la jornada, porque llegaba tarde a la oficina.<sup>56</sup> Las causas esgrimidas por la empleada incluían las demoras con el peinador o un baile acaecido la noche anterior. Con la misma desenvoltura, podía solicitar permiso para retirarse antes de hora para encontrarse con algún apuesto joven o bien para no concurrir al día siguiente y hasta solía fingir estar enferma para ausentarse.<sup>57</sup>

Los problemas técnicos –desconocimiento de la escritura al tacto, errores de ortografía, redacción precaria–, la desconcentración, la actitud de irresponsabilidad –postergación de las tareas, llegadas tarde y ausencias– a lo que se sumaba la lentitud para ejecutar las tareas, caracterizaron al estereotipo de una empleada negligente e ineficiente, carente de disciplina laboral.

Dicho estereotipo cuestionó la supuesta naturaleza femenina –motricidad fina, predisposición hacia las tareas mecánicas y repetitivas– para las tareas administrativas, de manera de desacreditar la presencia femenina en los empleos administrativos y por extensión en el mercado de trabajo. Pero al mismo tiempo, destacó una racionalidad femenina interesada, en el corto plazo, en la diversión y, en el largo plazo, en la carrera matrimonial. Era esperable que la primera condujera a la segunda.

Así, negligencia y desidia laborales se contraponían con la destreza para producir la belleza corporal, requisito que exigía el mercado mediante la demanda de “buena presencia”, según ya analizamos. Todas las dactilógrafas que protagonizaban estos relatos lucían, en la oficina, un aspecto similar que seguía los parámetros de la moda: melena preferentemente enrulada, maquillaje discreto, ropas holgadas –vestidos o blusas combinadas con faldas– que mostraban sus tobillos y zapatos de llamativos tacos. Si la “buena presencia” facilitó el ingreso de la joven al mercado laboral, también la mantuvo dentro de él ante la competencia entre distintas postulantes. En un episodio, Mangacha resolvía tomarse el día para salir de paseo y, con permiso del jefe, pedía a la agencia una reemplazante. Cuando la protagonista de la tira veía la belleza en el vestir que traslucía la suplente, exclamaba ante el asombro de todos: “¡He resuelto no faltar mañana!”.<sup>58</sup> Se ponía de manifiesto que Mangacha veía amenazado no sólo su lugar como trabajadora sino su plataforma para acceder a diversiones

<sup>55</sup> *Para Ti*, “Mangacha, la dactilógrafa”, 11 de septiembre de 1923, p. 47.

<sup>56</sup> *Ídem*.

<sup>57</sup> *Para Ti*, “Mangacha, la dactilógrafa”, 10 de julio de 1923, p. 47; *Para Ti*, “Cartas de Jacqueline”, 1 de marzo de 1927, pp. 39 y 56.

<sup>58</sup> *Para Ti*, “Mangacha, la dactilógrafa”, 17 de julio de 1923, p. 47.

y hasta para convertirse en una potencial novia de algún superior o cliente de la empresa.

Precisamente, el cuidado de su aspecto personal constituía una de las causas de la distracción laboral. Así, “Milonguita dactilógrafa vive orgullosa y constantemente preocupada de su melenita”: la viñeta la mostraba frente a una máquina de escribir arreglando sus rulos con un espejo en la mano (imagen 2), mientras el nombre remitía –e indirectamente advertía– a una inevitable comparación con el melodramático tango “Milonguita” de Samuel Linnig, en el que una joven de barrio era seducida y terminaba sus días en el cabaret.<sup>59</sup> El “hada del teclado” nunca olvidaba empolvarse la nariz entre carta y carta; Mangacha protestaba cuando el jefe la llamaba a su despacho y le interrumpía su sesión de maquillaje –“me está llamando. Ni tiempo tiene una para empolvarse...”–<sup>60</sup> mientras que “la chiquilla exasperante” ni bien llegaba a su escritorio sacaba “un espejo, una polvera y un peine” para mostrarse sin imperfecciones.<sup>61</sup>

Por sobre todo, Mangacha era una experta gestora de entretenimientos, que consistían en asistir a distintos eventos sociales –bailes, paseos en automóvil o reuniones en confiterías para tomar el té– siempre acompañada de jóvenes y apuestos –cuando no adinerados– solteros. El acicalamiento físico para asistir a ellos preocupaba a la dactilógrafa –“¿Qué traje me pondré yo? No tengo ni uno solo que me haya puesto una vez”–, mientras que muchos de sus planes se gestaban dentro de la oficina, espacio donde conocía a sus acompañantes o a donde le llegaban las invitaciones para los eventos: “¡Qué lindo! Suerte que vine al escritorio hoy. Aquí tengo una invitación para ir al baile de las Firulini” –exclamaba Mangacha al llegar a su puesto.<sup>62</sup>

El presente gozoso y el acceso a la diversión, junto con el deseo de consumo, justificaron la presencia de las jóvenes solteras en el mercado de trabajo, porque las empleadas encontraron en la oficina un atractivo espacio de sociabilidad, al tiempo que el sueldo les permitió adquirir los codiciados bienes para embellecer sus cuerpos –indumentaria y maquillaje–. “El hada del teclado” soñaba con medias de seda, blusas y sombreros como las que tenía su prima que ya estaba empleada en un escritorio.<sup>63</sup> Esto no se contradijo con el hecho de que seguramente también influyó en el ingreso al mercado la ausencia del varón proveedor del grupo familiar. Mangacha, por ejemplo, vivía con su madre, personaje que hacía breves apariciones.

<sup>59</sup> *Mundo Argentino*, “La melenita, el problema más trascendental de la mujer moderna”, 3 de septiembre de 1924, p. 2.

<sup>60</sup> *Para Ti*, “Mangacha, la dactilógrafa”, 21 de agosto de 1923, p. 47.

<sup>61</sup> *Para Ti*, “Cartas de Jacqueline”, 1 de marzo de 1927, pp. 39 y 56.

<sup>62</sup> *Para Ti*, “Mangacha, la dactilógrafa”, 14 de agosto de 1923, p. 47.

<sup>63</sup> *Para Ti*, “Cartas de Jacqueline. El hada del teclado”, p. 22.

## Imagen 2

“La melenita, el problema más trascendental de la mujer moderna”<sup>64</sup>



**Milonguita dactilógrafa, vive orgullosa y constantemente preocupada de su melenita**

El salario, en ocasiones, no cubría todos los deseos de consumo. Si a “la perfecta dactilógrafa” se la empleaba por “poca cosa”<sup>65</sup>, Mangacha no llegaba a fin de mes para comprar un nuevo vestido: “¡Y hoy es 28 y ando sin plata!”<sup>66</sup> Sin embargo, esta encontraba una solución empeñando un objeto personal para munirse de efectivo con el que adquiriría la prenda codiciada. En este aspecto, Mangacha demostraba una enorme habilidad para desenvolverse en el mundo público.

La carrera matrimonial era una constante a lo largo de la tira: amigos de amigos, jefes, socios y clientes de la compañía podían ser futuros candidatos de Mangacha. Otras ficciones o viñetas cómicas de *Para Ti*, aunaron a la trabajadora de escritorio con el amor. Así, en una de ellas, aparecía una joven dactilógrafa frente a su máquina de escribir con un aspecto similar al de Mangacha que limaba sus uñas. El jefe, con el seño fruncido que transmitía disgusto, la interpelaba: “¡Señorita! Me parece que usted pierde el tiempo en su arreglo personal”. La joven respondía despreocupadamente: “¿Le parece que pierdo el tiempo?... Sin

<sup>64</sup> *Mundo Argentino*, “La melenita, el problema más trascendental de la mujer moderna”, 3 de septiembre de 1924, p. 2.

<sup>65</sup> Alfonsina Storni, “La perfecta dactilógrafa”, *La Nación*, 9 de mayo de 1920, p. 1.

<sup>66</sup> *Para Ti*, “Mangacha, la dactilógrafa”, 14 de agosto de 1923, p. 47.

embargo, hace sólo seis meses que estoy y se me han declarado el gerente y el cajero”.<sup>67</sup> Nuevamente, a través del recurso del humor, se contraponían eficiencia laboral y carrera matrimonial. La dactilógrafa aprovechaba el ingreso al mercado para conseguir un “buen marido”, no para permanecer en él.

La obsesión por la belleza corporal expresada en la moda y el acicalamiento físico permitió a las jóvenes no sólo acceder a los puestos administrativos y conservarlos, sino que constituyó la plataforma para participar en diversos eventos sociales de manera de conquistar en lo inmediato la diversión y en lo mediato un marido. Belleza, diversión –bajo los parámetros de la mesura para evitar cualquier “mal paso”– y matrimonio, constituyeron la tríada de deseos que anhelaba el estereotipo de “la chica moderna”. La particularidad de las dactilógrafas, encarnadas en Mangacha y las demás versiones analizadas, consistía en que para alcanzar dicha tríada estaban obligadas a conseguir una ocupación y munirse de un salario que actuaría como una llave hacia el consumo de los bienes necesario para la belleza física.

Por último, el estereotipo de la empleada administrativa presentaba otro destacado matiz. Si bien descalificaba el papel de las mujeres como trabajadoras, también ridiculizaba a los personajes masculinos. Las protagonistas de cada relato no sólo conservaban su puesto de trabajo, a pesar de su negligencia e irresponsabilidad que provocan el enojo de los jefes, sino que manipulaban y desconcertaban a la mayoría de los hombres de su entorno. Como parece sugerir la tira personificada por Mangacha, con sus habilidades de seducción que no sólo incluían el arreglo personal sino también el baile y la charla amena y superficial, las jóvenes dactilógrafas, potencialmente, podían lograr cosas que parecían imposibles para un empleado de la oficina, como conquistar un importante cliente para la firma.<sup>68</sup>

No obstante, este lugar de relativo poder en el cual se encontraba especialmente Mangacha, la oficina se convertía en una plataforma para el cortejo que la conduciría a la carrera matrimonial. Casada, probablemente dejaría el trabajo y sería la “mujer moderna”, profesional de su casa, como machacaba una y otra vez *Para Ti*. Así, esta muchacha junto con los otros estereotipos analizados se encontraban en la compleja trama de la modernización de las costumbres, el acceso al mercado laboral, las acotadas libertades que para algunas mujeres de los sectores sociales en ascenso esto suponía –el consumo, los entretenimientos, la manipulación de los superiores– y la carrera matrimonial. Finalmente, en todos los casos la biografía de las mujeres seguía marcada por su lugar social en el mundo doméstico.

<sup>67</sup> *Para Ti*, 30 de agosto de 1924, p. 40.

<sup>68</sup> *Para Ti*, “Mangacha, la dactilógrafa”, 31 de julio de 1923, p. 47.

### *5. Reflexiones finales: ¿modernización de la feminidad o modernización de la subordinación?*

En la década del veinte, la ciudad de Buenos Aires asistió a una serie de destacados cambios vinculados con los procesos de modernización socioeconómica iniciados a fines del siglo XIX. Tales cambios interpelaron a las mujeres tanto desde nuevos parámetros de belleza física como desde nuevas ocupaciones en el mercado de trabajo, mientras que el orden de género sancionaba la subordinación femenina dentro de la domesticidad y la maternidad.

Dentro de las mencionadas nuevas ocupaciones, las mujeres se destacaron como dactilógrafas. El contacto con la alfabetización y con el dominio de técnicas comerciales, los salarios comparativamente mejores y el requisito de “buena presencia” otorgaron una cierta respetabilidad social a los empleos de escritorio que se presentaron como interesantes opciones para las jóvenes de los sectores sociales en ascenso. Fue la exigencia laboral de la “buena presencia”, la que introdujo el embellecimiento físico y la moda al interior de la oficina y así asoció, desde los medios gráficos, a la dactilógrafa con la “chica moderna”. De acuerdo con lo expuesto, Mangacha junto con todas las versiones que analizamos se convirtió en una imagen difundida y aceptada de la dactilógrafa, que conjugó dos características que representaron a estas mujeres en clave grotesca: una empleada negligente, desconcentrada y desinteresada en lo laboral pero eficiente en la gestión de entretenimientos, atenta y entusiasta con el arreglo personal y la búsqueda del romance.

Podemos concluir que estas representaciones de la dactilógrafa, es decir, de la “chica moderna” en clave asalariada, se encontraron en una intersección de sentidos y significados. Por un lado, la visibilidad pública y la exposición de los cuerpos femeninos en las oficinas se percibió, desde los principios de género dominantes, disruptiva y amenazante. La presencia y permanencia femenina en los espacios de trabajo, aún desempeñándose con una supuesta ineficacia, ponía en cuestión el lugar y la autoridad de los hombres, por lo menos en esos ámbitos, mientras que a las mujeres les otorgaba un margen de acción. Por otro, las empleadas eran ineficientes e irresponsables pero podían concretar un negocio mediante el uso de sus habilidades más cercanas al desenfado que a la capacidad técnica. Eran negligentes en su cotidianeidad laboral pero sabían conservar su empleo y manipular a sus jefes y compañeros de oficina. Pero, fundamentalmente, eran mujeres que ganaban una remuneración que destinaban, al menos una parte, al consumo de insumos para acceder no sólo a los empleos de escritorio sino también a los parámetros de la moda, del acicalamiento y de los entretenimientos, siempre dentro de lo tolerable para evitar “caídas morales”. Aquí encontró un desafío la subordinación femenina porque la tríada belleza-diversión-marido se posibilitaba gracias a la participación

en el mercado convirtiéndose en asalariadas, las antípodas de la domesticidad. Sin embargo, las jóvenes protagonistas del estereotipo eran solteras, por lo tanto, su presencia en el mercado sería transitoria, porque el matrimonio las devolvería al mundo doméstico, de manera de eliminar todo desafío al orden de género. Además ganaban menos que sus pares varones porque sus salarios se calcularon como "ayudas" para sus grupos familiares. En definitiva, el tono grotesco y la ridiculización de las representaciones constituyeron recursos para tolerar la participación laboral, cuando no para tranquilizar los principios de género hegemónicos.

Los cuestionamientos a la "joven dactilógrafa" de los años veinte vendrían con aquellas otras representaciones de empleadas abocadas a sus tareas de oficina, que cumplían con el requisito de la "buena presencia", pero para quienes la diversión y el entretenimiento, ni siquiera la carrera matrimonial, interferían en su desempeño laboral. Pero, claro, ya no se trataba ni de "la perfecta dactilógrafa" ni de "el hada del teclado" sino de una administrativa profesional que apostaba a una carrera laboral, sin desechar la matrimonial. Este estereotipo ganará espacio en las décadas siguientes mientras continúe en expansión la participación femenina en el sector administrativo. Al mismo tiempo, la "joven moderna" dio paso a la madura y centrada "mujer moderna" que había ganado su lugar como esposa, madre y consumidora, que se arreglaba y maquillaba sin cuestionamientos mientras que preparaba postres y comidas para su familia.

### *Fuentes*

- Atlántida*, "La que consiguió empleo", Buenos Aires, 21 de mayo de 1925.  
*El Hogar*, "Concurso de Belleza", Buenos Aires, 09 de noviembre de 1928, p. 45.  
*Femenil*, "El avance de los cabellos largos", Buenos Aires, 26 de abril de 1926, p. 79.  
 Storni, Alfonsina, "La perfecta dactilógrafa", *La Nación*, Buenos Aires, 9 de mayo de 1920, p. 1; 26 de octubre de 1930, p. 3.  
*La Prensa*, Buenos Aires, 1921-1927.  
*Mundo Argentino*, Buenos Aires, 1919-1929.  
*Para Ti*, Buenos Aires, 1922-1930.  
*PBT*, "Nueva profesión femenil. La dactilografía", Buenos Aires, 21 de diciembre de 1907, p. 107.  
 Eyzaguirre, Rodolfo M. (1924). *Dactilografía y correspondencia comercial*. Juan Perroti: Buenos Aires.  
*Tercer Censo Nacional. Levantado el 1 de junio de 1914* (1916). Talleres Gráficos de L. J. Rosso y Cía: Buenos Aires. Tomo 1, pp. 252-253 y Tomo 4, pp. 211).

### Bibliografía

- Acha, Omar (2000). Organicemos la contrarrevolución: discursos católicos sobre los géneros, la familia y la reproducción a través de *Criterio* (1928-1943).
- Acha, Omar y Halperín, Paula (eds.). *Cuerpos, géneros e identidades. Estudios de Historia de Género en Argentina*. Ediciones del Signo: Buenos Aires. pp. 137-193.
- Adamovsky, Ezequiel (2009). *Historia de la clase media argentina. Apogeo y decadencia de una ilusión, 1919-2003*. Planeta: Buenos Aires.
- Armus, Diego (2000). El viaje al Centro. Tísicas, costureritas y milonguitas en Buenos Aires, 1910-1940. *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*. 22 (3): pp. 101-124.
- Barrancos, Dora (1999). Moral sexual, sexualidad y mujeres trabajadoras en el período de entreguerras. Devoto, Fernando; Madero, Marta (ed.) (2000). *Historia de la vida privada en la Argentina*. Taurus: Buenos Aires. 3: pp. 198-225.
- Barrancos, Dora (2000). *Inclusión/Exclusión. Historia con mujeres*. Fondo de Cultura Económica: Buenos Aires.
- Barrancos, Dora (2000). La vida cotidiana. Lobato, Mirta Zaida (ed.). *El Progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)*. Sudamericana: Buenos Aires. 5: pp. 553-601.
- Bontempo, M. Paula (2011). *Para Ti: una revista moderna para una mujer moderna (1922-1935)*. *Estudios Sociales*, 41: pp. 127-156.
- Campodónico, Raúl; Gil Lozano, Fernanda (2000). Milonguitas en-cintas. La mujer, el tango, el cine. Gil Lozano, Fernanda; Pita, Valeria; Ini, Gabriela (eds.). *Historia de las mujeres en la Argentina*, Taurus: Buenos Aires. 2: pp. 136-153.
- Connor, Liz (2004). *The Spectacular Modern Woman. Feminine Visibility in the 1920s*. Indiana University Press: Bloomington & Indianapolis.
- Davies, Margery W. (1982). *Woman's Place is at the Typewriter. Office Work and Office Workers 1870-1930*, Temple University Press: Philadelphia.
- Diz, Tania (2006). *Alfonsina periodista. Ironía y sexualidad en la prensa argentina (1915-1925)*, Libros del Rojas: Buenos Aires.
- Farge, Arlette (1991). La historia de las mujeres. Cultura y poder de las mujeres: ensayo de historiografía. *Historia Social*, 9: pp. 79-84.
- Featherstone, Mike (1991). The body in a consumer society. Featherstone, Mike; Hepworth, M.; Turner, M. (eds.), *The Body: Social Process and Cultural Theory*, Sage: Londres.
- Giordano, Verónica (2012). *Ciudadanas incapaces. La construcción de los derechos civiles en Argentina, Brasil, Chile y Uruguay en el siglo XX*. Teseo: Buenos Aires.

- Guy, Donna (1991). *El sexo peligroso. La prostitución legal en Buenos Aires, 1875-1955*. Editorial Sudamericana: Buenos Aires.
- Kitch, Carolyn (2001). *The girl on the magazine cover: the origins of visual stereotypes in American mass media*. The University of North Carolina Press: Chapel Hill.
- Lipovetsky, Gilles. (1999). *La Tercera Mujer. Permanencia y revolución de lo femenino*. Anagrama: Barcelona, Anagrama.
- Lobato, Mirta Zaida (2005). Introducción. Lobato, Mirta Zaida (ed.). *Cuando las mujeres reinaban. Belleza, virtud y poder en la Argentina del siglo XX*. Biblos: Buenos Aires. pp. 9-16.
- Lobato, Mirta Zaida (2007). *Historia de las trabajadoras en la Argentina (1869-1960)*. Edhasa: Buenos Aires.
- Nari, Marcela (2000). Maternidad, política y feminismo. Gil Lozano, Fernanda; Pita, Valeria; Ini, Gabriela (eds.), *Historia de las mujeres en la Argentina*. Taurus: Buenos Aires. 2: pp. 196-221.
- Nash, Mary (1999). El mundo de las trabajadoras: identidades, cultura de género y espacios de actuación. Paniagua, J.; Piqueras, V.; Sanz, J.V. (eds.). *Cultura social y política en el mundo del trabajo*. Valencia. pp. 47-68.
- Peiss, Kathy (1998). *Hope in a jar. The making of America's beauty culture*. Owl Books Henry Holt and Company: New York.
- Queirolo, Graciela (2006). Mujeres que trabajan: una revisión historiográfica del trabajo femenino en la ciudad de Buenos Aires (1890-1940). *Novo Topo. Revista de Historia y Pensamiento Crítico*, 3: pp. 29-49.
- Queirolo, Graciela (2008). El mundo de las empleadas administrativas: perfiles laborales y carreras individuales (Buenos Aires, 1920-1940). *Trabajos y Comunicaciones*, 34: pp. 129-151.
- Queirolo, Graciela (2008). Malos pasos, caídas, sacrificios, entregas: representaciones literarias del trabajo femenino asalariado (Buenos Aires, 1919-1939). C. Mallo, Silvia C.; Moreyra, Beatriz (eds.), *Miradas sobre la Historia Social en la Argentina en los comienzos del siglo XXI*, Centro de Estudios Históricos "Prof. Carlos S. A. Segreti" / Centro de Estudios de Historia Americana Colonial - Universidad Nacional de La Plata: Córdoba. pp. 627-647.
- Queirolo, Graciela (2012). *Mujeres en las oficinas*. Las empleadas administrativas: entre la carrera matrimonial y la carrera laboral (Buenos Aires, 1920-1950). *Diálogos*, 16 (2 ): pp. 417-444.
- Scott, Joan (2000). La mujer trabajadora en el siglo XIX. Duby, Georges; Michelle Perrot, *Historia de las mujeres*, Taurus: Madrid. 4: pp. 427-461.
- Scott, Joan; Tilly, Louise (2002 [1978]). *Les Femmes, le Travail et la Famille*. Petite Bibliothèque Payot: Paris.
- Sohn, Anne Marie (1993). Los roles sexuales en Francia e Inglaterra, una transición suave. Duby, Georges; Perrot, Michelle (ed.). *Historia de las mujeres*. Taurus: Madrid. 4: pp. 127-157.

- Tossounian, Cecilia (en prensa). Figuring modernity and national identity: representations of the argentine modern girl (1918-1939). Krasnick, Cheryl; Malleck, Warsh y Dan (eds.). *Consuming modernity: changing gendered behaviours and consumerism, 1919-1940*. UBC Press: Vancouver.
- Traversa, Óscar (1997). *Cuerpos de papel. Figuraciones del cuerpo en la prensa 1918-1940*. Gedisa: Barcelona.
- Valobra, Adriana M. (2012). *Del hogar a las urnas. Recorridos de la ciudadanía política femenina. Argentina, 1946-1955*. Prohistoria: Rosario.
- Vezzetti, Hugo (1986). Viva cien años. Algunas consideraciones sobre familia y matrimonio en la Argentina. *Punto de Vista*, 27: pp. 5-10.